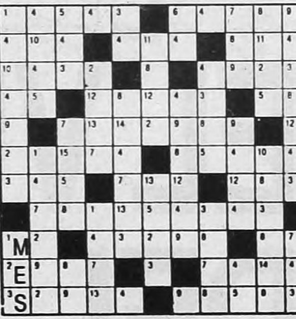
# CRUCIGRAMA EN CLAVE

**Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.**




**SOLUCION MIERCOLES**

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| C | | M | O | R | A | L | E | J | A | |
| A | S | | T | O | T | E | M | | Ñ | U |
| S | U | P | O | | A | Ñ | E | J | O | S |
| O | P | A | | A | R | A | R | A | | A |
| S | E | R | A | N | | T | I | R | A | R |
| | R | E | C | O | L | E | T | A | S | |
| M | E | C | E | D | | R | O | B | A | R |
| I | | E | L | I | J | O | | E | R | A |
| M | O | R | E | N | A | | O | S | A | S |
| E | R | | R | O | C | I | N | | N | O |
| | A | C | O | S | A | B | A | N | | S |



**EL VUELO DEL VAMPIRO**

Página/2/3

Verano/12

# MAL DEL SIGLO

**(Por Juan Cueto)** No es el cáncer, ni el herpes, ni el infarto, tampoco el SIDA. La enfermedad emblemática de estos tiempos vuelve a ser el célebre *mal du siècle* que padecieron Chateaubriand y los desencantados de la Revolución, Schopenhauer y Zola, Emma Bovary y Ana Ozores. Tanto fervor por la salud del cuerpo nos ha hecho olvidar la vieja enfermedad del alma. Ya no la nombran los tratados de patología clínica; los médicos te mandan a freír espárragos si la mencionas; apenas la citan los manuales de literatura a pesar de su importancia en la fundación de la cultura moderna. Pero aquí está otra vez el mal del siglo con su delatora sintomatología, manifestándose como siempre, en plena ceremonia del desasosiego, cuando ruge el desconcierto, en el fin de siglo.

Resulta curioso que nadie quiera hablar de esta enfermedad del alma, de esta epidemia de la civilización, cuando basta darse una vuelta por las conferencias de Baudrillard, Lipovetsky, Vattimo y demás juglares del vacío para verificar sus estragos y comprobar la escasa originalidad de las patologías que vocean. Ese cuadro clínico tiene un par de siglos. Los románticos, los primeros portadores del virus rebelde, la denominaron *vague de passions*, o pasión de ánimo, y luego, según los tiempos, fue llamada desolación, histeria, vapores, *spleen*, neurastenia, melancolía. Por último, adoptó el nombre de *mal del fin de siglo*, ya que en esos períodos de transición, cuando el famoso vacío asoma las peludas orejas, suele expresar su virulencia y resulta más contagiosa.

Hay autores que la confunden con el *taedium vitae*, pero el aburrimiento, con ser su más infalible síntoma, es trastorno anterior. Lo que sí parece cierto es que el mal del siglo tuvo su caldo de cultivo en el tedio moderno: cuando el aburrimiento dejó de ser una secreta dolencia individual y se transformó en clamorosa afección social. Es injusto, por no decir altamente sospechoso, que nos aburran tanto y tan seguido con los males de este tercer fin de siglo y se olviden de la muy literaria y centenaria enfermedad original.

# EL VUELO DEL VAMPIRO

**La publicación en español del libro de Michel Tournier "El vuelo del vampiro. Notas de lectura", traducido por José Luis Rivas y editado por el Fondo de Cultura Económica, ofrece las reflexiones literarias de uno de los mayores escritores franceses de la actualidad.**

*Por Michel Tournier*

Muchos autores escriben con la misma naturalidad con que respiran, así la abeja fabrica su miel, cumpliendo una función propia de su ser y tal vez necesaria para su equilibrio. Para ellos, el lector no es el obligado destinatario de sus escritos, y aun la idea misma de publicar, en caso extremo, puede serles ajena. De Montaigne a Marcel Jouhandeau forman una familia cuya obra podría arrumbarse, con riesgo de perderse para siempre, en la oscuridad de un cajón o en la recondite z de un cofre de hierro. En su *Monsier Teste*, Paul Valéry sostiene que los hombres célebres —los escritores, pero también los músicos, los pintores, los matemáticos— son, por el mero hecho de conocérseles, genios *de segunda*; los otros, los auténticos, no cometen el pecado original de divulgarse y prefieren "morir sin confesión".

Quizá. Lo cierto es que hablamos de Montaigne y de Jouhandeau precisamente porque publicaron, y pasaron así —tal vez de mal grado, de soslayo o incluso dando marcha atrás— a formar parte de la otra categoría, la de los autores que escriben para publicar, esos parientes de los artesanos libres que con toda deliberación manufacturarán un objeto —así es: suelen escribir sus textos primeramente a mano— destinado a cierto público y con vistas a la venta de acuerdo con un bien estudiado plan. Son ellos quienes aportan el título, la idea de la portada, las ilustraciones y el texto de las solapas, sin olvidar nunca una fecha apropiada, porque nadie lanza al mercado un libro de cuentos navideños en el mes de julio. No los desdeñemos. Comparten con el artesano la misma honradez y la misma conciencia profesionales. Ayuno de vergüenza, me reconozco miembro de esa familia. Si supiera que no me van a publicar, yo no escribiría nada. Para la tranquilidad de mis sueños, el libro que ofrezco debe ser una mercancía buena y legítima. Mi cliente nunca debe lamentarse por el dinero que ha sacrificado en su compra. Cierto día, sin embargo, recibí en un mismo paquete un ejemplar en pedazos de mi novela *Los meteoros* y una carta en la que, en resumidas cuentas, se me decía: "Compré su libro, confiado en la propaganda. Desde la primera página me produjo náuseas. ¡Cincuenta francos tirados a la basura!". Es una pena que este género de cartas casi siempre sea anónimo. ¿A qué le temen esos clientes descontentos? De la mejor gana, yo le habría reembolsado a ese señor sus cincuenta francos desperdiciados...

En efecto, la vocación natural e irreprimible de libro es de carácter centrífugo. Nace para ser publicado, difundido, puesto en el mercado, comprado y leído. La famosa torre de marfil del escritor es, en realidad, una plataforma de lanzamiento. Se vuelve siempre al lector, ese imprescindible colaborador del que escribe. Un libro no tiene un solo autor sino múltiples autores, pues a quien lo escribió se suman con pleno derecho en el acto creador todos los que lo han leído, lo están leyendo o habrán de leerlo. Un libro ya escrito pero no leído aún, carece de existencia plena, apenas vive, es un ente virtual; ser exangüe, vacío, desgraciado, que casi se extingue pidiendo auxilio para existir. El autor lo sabe; y cuando publica un libro, no ignora que suelta entre la anónima multitud de hombres y mujeres una bandada de alados seres de papel, vampiros secos ávidos de sangre que se desperdigan en azar en busca de lectores. Apenas cae sobre el lector, el libro se hincha de su calor y de sus sueños. Florea, alcanza su plenitud, se vuelve, en fin, lo que es: un prolífico mundo imaginario donde se mezclan —como en el rostro de un niño las facciones de su padre y las de su madre— las intenciones del autor y los fantasmas de quien lo lee. Después, cuando ha sido leído, agotado, abandonado por el lector, el libro queda a la espera de otro ser vivo para fecundar también su imaginación, y si corre con la suerte de cumplir debidamente su vocación, circulará de mano en mano, como un gallo que pisa gallina tras gallina.

Así pues, toda obra busca ser en esencia contagiosa y reclama la creatividad de sus lectores, tal como Yahvé, cuando hizo al hombre a su imagen y semejanza, también le transmitió su fuerza creadora. Ello supone, desde luego, el debido respeto a la libertad creadora del lector. Una pregunta fundamental: ¿cuál es el papel del lector en la creación literaria?

Aquí conviene hacer una distinción importante entre las obras de ficción —la novela, el teatro, la poesía— y las no inventadas (documentos, tratados, memorias). A mi ver, sólo las primeras son intencionalmente creadoras, dado que las segundas remiten a una realidad externa de la que pretenden ser imagen veraz, vale decir servil. Como a pesar suyo, niegan la parte de creación que les es propia, de acuerdo con un argumento cuya ambigüedad guarda algo de mala fe. "Yo no me invento nada; sólo reproduzco las cosas tal como son o como fueron", afirman a coro el historiador, el físico, el doctrinario. (Esta misma actitud la encontramos en el fotógrafo, quien al tiempo que reclama la paternidad de sus fotografías, afirma su fidelidad a lo real así como era en el momento en que lo fotografió.) Esa negación que respecto de su propia cuota de creación manifiesta el autor de obras no inventadas, se acompaña con mayor motivo de una negación de cualquier intento creador por parte del que las lee. El lector de una obra de historia, un tratado de física o una tesis política debe ser todo receptividad, y pagar así su cuota de memoria, de inteligencia y, sobre todo, de docilidad.

Muy distinta es la actitud del autor de ficciones. Su trato con la realidad es complejo, ambiguo e incluso tramposo, simplemente. Los colegiales con quienes a veces platico me hacen a menudo la pregunta esencial que plantea la novela: "¿Cuánto hay de cierto en tus relatos?". Sé que quedaría mal ante ellos si contestara: "Nada; me lo he inventado todo". Pero de igual modo quedaría mal si dijera: "Todo, hasta el más pequeño detalle de mis relatos ha sido tomado en préstamo de la historia, la crónica o la gacetilla".

A esa pregunta terrible sólo da buena respuesta la frase de Jean Cocteau: "Soy un mentiroso que siempre dice la verdad". Fácil sería ilustrarlo mediante cien ejemplos diferentes. Cito sencillamente el caso de Robinson Crusoe. En efecto, ¿cómo explicarse que la novela de Daniel Defoe haya tenido y siga teniendo la enorme repercusión que conocemos, mientras que las historias fidedignas del hecho que le dieran origen —el abandono del timonel Alexander Selkirk en una isla desierta— sean hasta ahora casi desconocidas? He tratado de examinar en otra parte la misteriosa razón —de índole mitológica, a mi ver— que confiere a la novela su poder de conmovernos. Resulta que la noción misma de mito es equívoca: un mito es un relato hermoso y profundo que da cuerpo y substancia a una de las aventuras esenciales del hombre, y, asimismo, una mentira propalada por un débil mental, un "mitómano", precisamente. Este segundo sentido explica la errónea afirmación, una y otra vez repetida, de que "la realidad supera a la imaginación", y que "las más bellas aventuras son las que han vivido en la realidad este o aquel personaje histórico".

...........................................

¿Para quién se escribe? A esta pregunta capital, los escritores debieron responder durante mucho tiempo: 'Para mi mecenas". Molière tenía como público principal a Luis XIV y su corte; en consecuencia, estaba excluido que sus comedias tuvieran la fuerza de impugnar al poder y de hacerlo vacilar. En ese tiempo las letras eran algo de lo que se ocupaba una clase reducida, la de los "clérigos", quienes se encargaban de ejercerlas y monopolizarlas. Apartados en la isla de los "letrados", en medio de un océano de analfabetos, escribían para ellos mismos; se alternaban el leer y el escribir tal como se alternan el hablar y el escuchar en el arte de la conversación. Cien años después, Beaumarchais si hará tambalear al trono con sus comedias. ¿Qué es lo que ha sucedido entretanto? Una clase de plebeyos "instruidos" ha hecho acto de presencia; es el primer público auténtico de las letras francesas, que a partir de entonces se apoyarán en él para manifestarse. Desde ese momento la notoriedad del escritor y la de la obra, que a veces marchan juntas, pueden asimismo eclipsarse entre sí. Algunos escritores son reacios por completo a dejarse ver, a sobresalir, a gustar fuera de su trabajo. Francamente, carecen de vivacidad, de don de gentes. Ahora bien, durante mucho tiempo Florencia fue escenario de terrible rivalidad entre Rafael y Miguel Angel. Cierto día, Miguel Angel, presa de un humor sombrío y vestido como de costumbre, vio pasar un cortejo alegre y rutilante. Eran Rafael y sus amigos. "Siempre de fiesta, como un príncipe", se quejó sordamente. Rafael alcanzó a escucharlo y replicó en el acto: "¡Miguel Angel, siempre solo, como un verdugo!". Quienquiera que contempla en Arlés, sobre la plaza del Forum, la estatua de Frédéric Mistral, piensa al punto en Buffalo Bill; tienen el mismo bigote castigador, la misma mirada dominante bajo el mismo sombrero de ala ancha. El parecido es admirable. Lo más curioso es que Buffalo Bill estuvo efectivamente en Arlés, donde lo recibió con gran pompa Mistral, Premio Nobel de Literatura. La ciudad más tauromáquica de Francia tenía que rendirle homenaje al famoso matabisontes. Del paso de Buffalo Bill por Provenza nos ha quedado un testimonio de piedra: la cabeza de can que está en Mailane, sobre la tumba de Mistral, evoca el perro que el norteamericano le obsequiara al autor de *Mireille*. Sin embargo, es otra la razón por la que recordamos las festividades que celebraron a la sombra de los ruedos los dos mostachos más famosos de la época. En ese momento, dos artistas oscuros y famélicos rasaban los muros de esa misma ciudad: Van Gogh y Gauguin. Arlés no es grande, y todo hace suponer que las dos parejas se cruzaron, los dos fantoches llevados en andas y los dos pintores cuyas obras sólo despertaban hilaridad y desprecio. Desde luego, los cuatro habrían quedado sorprendidos si les hubiese sido revelada entonces la manera en que la posteridad iba a repartir entre ellos el mero talento y el auténtico genio.

Genio y talento, esas dos palabras mayores que rigen la creación y la comunicación, acaban de ser escritas. Si consultamos el *Petit Larousse* en el artículo "talento", como primera acepción tenemos: "Aptitud particular para efectuar cierta actividad, sobre todo en los campos artísticos y literarios". Y como segunda acepción: "Unidad de peso y de moneda en Oriente y la Grecia antiguos". Ahora bien, un examen detenido nos muestra que ese orden es contrario a la cronología y la etimología, pues si hablamos del talento de un escritor o de un pintor lo hacemos con referencia a la parábola de los Evangelios en que un señor confía algunos "talentos" (cantidades de dinero) a tres de sus sirvientes; se marcha, y al volver, les pide cuentas del uso que hicieron de ellos. Así, la idea de talento se halla vinculada desde un principio a la de dinero; con el paso del tiempo un pintor de talento va a ser el que, recibido con aprobación por su sociedad, logra vender muy bien sus obras. Desde luego, conviene dar al verbo "vender" su sentido más amplio, jergal, ese que comprende toda acción de relación o propaganda. Sería muy interesante escribir la historia y la sociología del "talento", quiero decir, de la manera en que las obras y sus autores fueron acogidos (o rechazados) por sus contemporáneos. Talento es lo que hace conductible al medio en que está inmerso el creador, lo cual le permite hacerse oír por su sociedad. Sin embargo, esa conductibilidad no está exenta de peligros, puesto que se manifiesta en los dos sentidos. Por eso un escritor de talento, pero falto de genio, se empapa como esponja de

LECTURAS

# EL VUELO DEL VAMPIRO

**La publicación en español del libro de Michel Tournier "El vuelo del vampiro. Notas de lectura", traducido por José Luis Rivas y editado por el Fondo de Cultura Económica, ofrece las reflexiones literarias de uno de los mayores escritores franceses de la actualidad.**

*Por Michel Tournier*

Muchos autores escriben con la misma naturalidad con que respiran, así la abeja fabrica su miel, cumpliendo una función propia de su ser y tal vez necesaria para su equilibrio. Para ellos, el lector no es el obligado destinatario de sus escritos, y aun la idea misma de publicar, en caso extremo, puede serles ajena. De Montaigne a Marcel Jouhandeau forman una familia cuya obra podría arrumbarse, con riesgo de perderse para siempre, en la oscuridad de un cajón o en la reconditez de un cofre de hierro. En su *Monsier Teste*, Paul Valéry sostiene que los hombres célebres —los escritores, pero también los músicos, los pintores, los matemáticos— son, por el mero hecho de conocérseles, genios *de segunda*; los otros, los auténticos, no cometen el pecado original de divulgarse y prefieren "morir sin confesión".

Quizá. Lo cierto es que hablamos de Montaigne y de Jouhandeau precisamente porque publicaron, y pasaron así —tal vez de mal grado, de soslayo o incluso dando marcha atrás— a formar parte de la otra categoría, la de los autores que escriben para publicar, esos parientes de los artesanos libres que con toda deliberación manufacturarán un objeto —así es: suelen escribir sus textos primeramente a mano— destinado a cierto público y con vistas a la venta de acuerdo con un bien estudiado plan. Son ellos quienes aportan el título, la idea de la portada, las ilustraciones y el texto de las solapas, sin olvidar nunca una fecha apropiada, porque nadie lanza al mercado un libro de cuentos navideños en el mes de julio. No los desdeñemos. Comparten con el artesano la misma honradez y la misma conciencia profesionales. Ayuno de vergüenza, me reconozco miembro de esa familia. Si supiera que no me van a publicar, yo no escribiría nada. Para la tranquilidad de mis sueños, el libro que ofrezco debe ser una mercancía buena y legítima. Mi cliente nunca debe lamentarse por el dinero que ha sacrificado en su compra. Cierto día, sin embargo, recibí en un mismo paquete un ejemplar en pedazos de mi novela *Los meteoros* y una carta en la que, en resumidas cuentas, se me decía: "Compré su libro, confiado en la propaganda. Desde la primera página me produjo náuseas. ¡Cincuenta francos tirados a la basura!". Es una pena que este género de cartas casi siempre sea anónimo. ¿A qué le temen esos clientes descontentos? De la mejor gana, yo le habría reembolsado a ese señor sus cincuenta francos desperdiciados...

En efecto, la vocación natural e irreprimible de libro es de carácter centrífugo. Nace para ser publicado, difundido, puesto en el mercado, comprado y leído. La famosa torre de marfil del escritor es, en realidad, una plataforma de lanzamiento. Se vuelve siempre al lector, ese imprescindible colaborador del que escribe. Un libro no tiene un solo autor sino múltiples autores, pues a quien lo escribió se suman con pleno derecho en el acto creador todos los que lo han leído, lo están leyendo o habrán de leerlo. Un libro ya escrito pero no leído aún, carece de existencia plena, apenas vive, es un ente virtual; ser exangüe, vacío, desgraciado, que casi se extingue pidiendo auxilio para existir. El autor lo sabe; y cuando publica un libro, no ignora que suelta entre la anónima multitud de hombres y mujeres una bandada de alados seres de papel, vampiros secos ávidos de sangre que se desperdigan en azar en busca de lectores. Apenas cae sobre el lector, el libro se hincha de su calor y de sus sueños. Florea, alcanza su plenitud, se vuelve, en fin, lo que es: un prolífico mundo imaginario donde se mezclan —como en el rostro de un niño las facciones de su padre y las de su madre— las intenciones del autor y los fantasmas de quien lo lee. Después, cuando ha sido leído, agotado, abandonado por el lector, el libro queda a la espera de otro ser vivo para fecundar también su imaginación, y si corre con la suerte de cumplir debidamente su vocación, circulará de mano en mano, como un gallo que pisa gallina tras gallina.

Así pues, toda obra busca ser en esencia contagiosa y reclama la creatividad de sus lectores, tal como Yahvé, cuando hizo al hombre a su imagen y semejanza, también le transmitió su fuerza creadora. Ello supone, desde luego, el debido respeto a la libertad creadora del lector. Una pregunta fundamental: ¿cuál es el papel del lector en la creación literaria?

Aquí conviene hacer una distinción importante entre las obras de ficción —la novela, el teatro, la poesía— y las no inventadas (documentos, tratados, memorias). A mi ver, sólo las primeras son intencionalmente creadoras, dado que las segundas remiten a una realidad externa de la que pretenden ser imagen veraz, vale decir servil. Como a pesar suyo, niegan la parte de creación que les es propia, de acuerdo con un argumento cuya ambigüedad guarda algo de mala fe. "Yo no me invento nada; sólo reproduzco las cosas tal como son o como fueron", afirman a coro el historiador, el físico, el doctrinario. (Esta misma actitud la encontramos en el fotógrafo, quien al tiempo que reclama la paternidad de sus fotografías, afirma su fidelidad a lo real así como era en el momento en que lo fotografió.) Esa negación que respecto de su propia cuota de creación manifiesta el autor de obras no inventadas, se acompaña con mayor motivo de una negación de cualquier intento creador por parte del que las lee. El lector de una obra de historia, un tratado de física o una tesis política debe ser todo receptividad, y pagar así su cuota de memoria, de inteligencia y, sobre todo, de docilidad.

Muy distinta es la actitud del autor de ficciones. Su trato con la realidad es complejo, ambiguo e incluso tramposo, simplemente. Los colegiales con quienes a veces platico me hacen a menudo la pregunta esencial que plantea la novela: "¿Cuánto hay de cierto en tus relatos?". Sé que quedaría mal ante ellos si contestara: "Nada; me lo he inventado todo". Pero de igual modo quedaría mal si dijera: "Todo, hasta el más pequeño detalle de mis relatos ha sido tomado en préstamo de la historia, la crónica o la gacetilla".

A esa pregunta terrible sólo da buena respuesta la frase de Jean Cocteau: "Soy un mentiroso que siempre dice la verdad". Fácil sería ilustrarlo mediante cien ejemplos diferentes. Cito sencillamente el caso de Robinson Crusoe. En efecto, ¿cómo explicarse que la novela de Daniel Defoe haya tenido y siga teniendo la enorme repercusión que conocemos, mientras que las historias fidedignas del hecho que le dieran origen —el abandono del timonel Alexander Selkirk en una isla desierta— sean hasta ahora casi desconocidas? He tratado de examinar en otra parte la misteriosa razón —de índole mitológica, a mi ver— que confiere a la novela su poder de conmovernos. Resulta que la noción misma de mito es equívoca: un mito es un relato hermoso y profundo que da cuerpo y substancia a una de las aventuras esenciales del hombre, y, asimismo, una mentira propalada por un débil mental, un "mitómano", precisamente. Este segundo sentido explica la errónea afirmación, una y otra vez repetida, de que "la realidad supera a la imaginación", y que "las más bellas aventuras son las que han vivido en la realidad este o aquel personaje histórico".

¿Para quién se escribe? A esta pregunta capital, los escritores debieron responder durante mucho tiempo: 'Para mi mecenas". Molière tenía como público principal a Luis XIV y su corte; en consecuencia, estaba excluido que sus comedias tuvieran la fuerza de impugnar al poder y de hacerlo vacilar. En ese tiempo las letras eran algo de lo que se ocupaba una clase reducida, la de los "clérigos", quienes se encargaban de ejercerlas y monopolizarlas. Apartados en la isla de los "letrados", en medio de un océano de analfabetos, escribían para ellos mismos; se alternaban el leer y el escribir tal como se alternan el hablar y el escuchar en el arte de la conversación. Cien años después, Beaumarchais sí hará tambalear al trono con sus comedias. ¿Qué es lo que ha sucedido entretanto? Una clase de plebeyos "instruidos" ha hecho acto de presencia; es el primer público auténtico de las letras francesas, que a partir de entonces se apoyarán en él para manifestarse. Desde ese momento la notoriedad del escritor y la de la obra, que a veces marchan juntas, pueden asimismo eclipsarse entre sí. Algunos escritores son reacios por completo a dejarse ver, a sobresalir, a gustar fuera de su trabajo. Francamente, carecen de vivacidad, de don de gentes. Ahora bien, durante mucho tiempo Florencia fue escenario de terrible rivalidad entre Rafael y Miguel Angel. Cierto día, Miguel Angel, presa de un humor sombrío y vestido como de costumbre, vio pasar un cortejo alegre y rutilante. Eran Rafael y sus amigos. "Siempre de fiesta, como un príncipe", se quejó sordamente. Rafael alcanzó a escucharlo y replicó en el acto: "¡Miguel Angel, siempre solo, como un verdugo!". Quienquiera que contempla en Arlés, sobre la plaza del Forum, la estatua de Frédéric Mistral, piensa al punto en Buffalo Bill; tienen el mismo bigote castigador, la misma mirada dominante bajo el mismo sombrero de ala ancha. El parecido es admirable. Lo más curioso es que Buffalo Bill estuvo efectivamente en Arlés, donde lo recibió con gran pompa Mistral, Premio Nobel de Literatura. La ciudad más tauromáquica de Francia tenía que rendirle homenaje al famoso matabisontes. Del paso de Buffalo Bill por Provenza nos ha quedado un testimonio de piedra: la cabeza de can que está en Mailane, sobre la tumba de Mistral, evoca el perro que el norteamericano le obsequiara al autor de *Mireille*. Sin embargo, es otra la razón por la que recordamos las festividades que celebraron a la sombra de los ruedos los dos mostachos más famosos de la época. En ese momento, dos artistas oscuros y famélicos rasaban los muros de esa misma ciudad: Van Gogh y Gauguin. Arlés no es grande, y todo hace suponer que las dos parejas se cruzaron, los dos fantoches llevados en andas y los dos pintores cuyas obras sólo despertaban hilaridad y desprecio. Desde luego, los cuatro habrían quedado sorprendidos si les hubiese sido revelada entonces la manera en que la posteridad iba a repartir entre ellos el mero talento y el auténtico genio.

Genio y talento, esas dos palabras mayores que rigen la creación y la comunicación, acaban de ser escritas. Si consultamos el *Petit Larousse* en el artículo "talento", como primera acepción tenemos: "Aptitud particular para efectuar cierta actividad, sobre todo en los campos artísticos y literarios". Y como segunda acepción: "Unidad de peso y de moneda en Oriente y la Grecia antiguos". Ahora bien, un examen detenido nos muestra que ese orden es contrario a la cronología y la etimología, pues si hablamos del talento de un escritor o de un pintor lo hacemos con referencia a la parábola de los Evangelios en que un señor confía algunos "talentos" (cantidades de dinero) a tres de sus sirvientes; se marcha, y al volver, les pide cuentas del uso que hicieron de ellos. Así, la idea de talento se halla vinculada desde un principio a la de dinero; con el paso del tiempo un pintor de talento va a ser el que, recibido con aprobación por su sociedad, logra vender muy bien sus obras. Desde luego, conviene dar al verbo "vender" su sentido más amplio, jergal, ese que comprende toda acción de relación o propaganda. Sería muy interesante escribir la historia y la sociología del "talento", quiero decir, de la manera en que las obras y sus autores fueron acogidos (o rechazados) por sus contemporáneos. Talento es lo que hace conductible al medio en que está inmerso el creador, lo cual le permite hacerse oír por su sociedad. Sin embargo, esa conductibilidad no está exenta de peligros, puesto que se manifiesta en los dos sentidos. Por eso un escritor de talento, pero falto de genio, se empapa como esponja de todo lo que lo toca. Comprende e imita todo (a menudo mejorándolo), ahorma los pensamientos, las emociones y los sueños que la sociedad le ha entregado en bruto. Es festejado, va de éxito en éxito; se hace rico, pero con el transcurso del tiempo su obra corre el peligro de revelarse como una caja de resonancia. Tal escritor habrá tomado en total más de lo que habrá dado. Se convertirá en el juguete dorado de cierta sociedad; será su esclavo favorito, pero no su amo.

Todos nosotros sufrimos la presión del cuerpo social, que nos impone, como otros tantos estereotipos, nuestros comportamientos, nuestras opiniones y hasta nuestro aspecto exterior. Es característico de los creadores oponer resistencia a esa sujeción yendo contra la corriente y poniendo en circulación sus propios modelos, lo cual no significa que su pertenencia a una determinada sociedad no esté continuamente amenazada, y ello se traduzca a veces en mutilaciones, deformidades y complicidades vergonzosas. Pienso, sobre todo, en una pareja ejemplar de grandes escritores ingleses de la época victoriana.

En primer lugar, Rudyard Kipling. No podemos sino evocar con ternura la *Just so Stories*, *Kim* o los dos *Libros de la selva*, que son encanto para la imaginación y el espíritu. En cambio, difícilmente aceptamos al cantor oficial del imperio colonialista inglés, y a ese brazo seglar de Kipling que fue el general Lord Baden-Powell, héroe de la guerra de los bóers. Hay en Kipling un horror mórbido a la sexualidad junto con —fatal corolario— una apología del ejército y la guerra, escuela de virtudes "viriles", y una pedagogía escutista que intenta combatir los "malos pensamientos" por medio de agotantes caminatas. ¡Haced la muerte, no el amor; destripaos los unos a los otros, eso evitará que os acariciéis!

Y de modo inexorable se presenta su sombra, su contraprueba, su hermano enemigo, igual de caricaturesco, pero en sentido diametralmente contrapuesto: Oscar Wilde, el anti Kipling, parroquiano con monóculo de los salones de alta sociedad, dandi nalgón y mofletudo, que pone los labios como culito de pollo para destilar "frases feroces".

Admiro de manera igual a estos dos escritores, con cuya obra mi deuda es pareja; sin embargo, deploro los horrores que una madrina Carabosse, hada maligna y encorvada, infligió a su talento: esa reina Victoria, obesa pero sin entrañas, cuyos ojos de sapo hacían la vista gorda ante los niños de diez años que la sociedad, de la que ella era el símbolo, enviaba a escarbar en lo profundo de las minas de Yorkshire. Kipling y Wilde, a causa de su talento, se dejaron coger en la trampa de la sociedad victoriana; desde luego, habría sido mejor que su genio se desencadenara en contra de ella.

Por lo que hace al genio, muy a menudo lo concede la sola posteridad. Jean Cocteau decía: "Victor Hugo era un loco que se las daba de Victor Hugo". En efecto, hay que estar loco para creerse Victor Hugo... aun cuando verdaderamente uno sea Victor Hugo. Un escritor puede tener la ambición de llegar a convertirse en un *buen* escritor, lo cual depende únicamente de su conciencia profesional y de su trabajo. Pero en lo que se refiere a ser un *gran* escritor, ése es asunto de otros, no del conjunto de amigos o personas que lo acompañan de continuo, ni siquiera de sus contemporáneos. Si el escritor estima genial lo que está escribiendo, no hace sino desbarrar, aunque sea el propio Victor Hugo. La genialidad de una obra está encerrada en la actualización que el lector lleva a cabo. Leo *Tristán e Isolda*, las obras de Perrault y de Saint-Simon, y las considero geniales por el efecto de ensanchamiento, profundización, enriquecimiento y liberación que su lectura obra sobre mi visión actual del mundo. Paul Valéry decía que la inspiración no es el estado en que se halla el poeta al escribir sino ese que aspira inducir en su lector por medio de lo que escribe. "Yo pongo en tus manos mi libro —dice el escritor al lector—; que éste haga de ti un inspirado, tú haz de mí un autor genial".

Ese libro fue escrito al dictado que le prestó esa inspiración: ojalá sepa responder a ella.

## S.O.L
### SOSTENIDO

• De martes a domingo a las 18, en el Teatro Payró de la ciudad de Mar del Plata se representa la obra infantil *Pibemundi*, de Leonardo Ringer, y a las 21, la Comedia del Pilar presenta la obra *Un guapo del 900* de Sergio Eichelbaum.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine, protagonizada por Roberto Fiore y otros. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• **Horacio Fontova y sus sobrinos** ofrecen un recital dentro del ciclo Aquí... Provincia de Buenos Aires que organiza la Subsecretaría de Cultura. El encuentro es en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata, hoy a las 21.

• El compositor y cantante **Fito Páez** presentará su último disco *Ey* en La Paris Rock, ubicada en la Rambla Casino de Mar del Plata, hoy a las 22.

• **Midachi**, show humorístico musical, en el Teatro Alberdi de Mar del Plata, Alberdi 2473, de martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Los mirasoles**, obra teatral de Sánchez Gardel. En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, hoy a las 21.

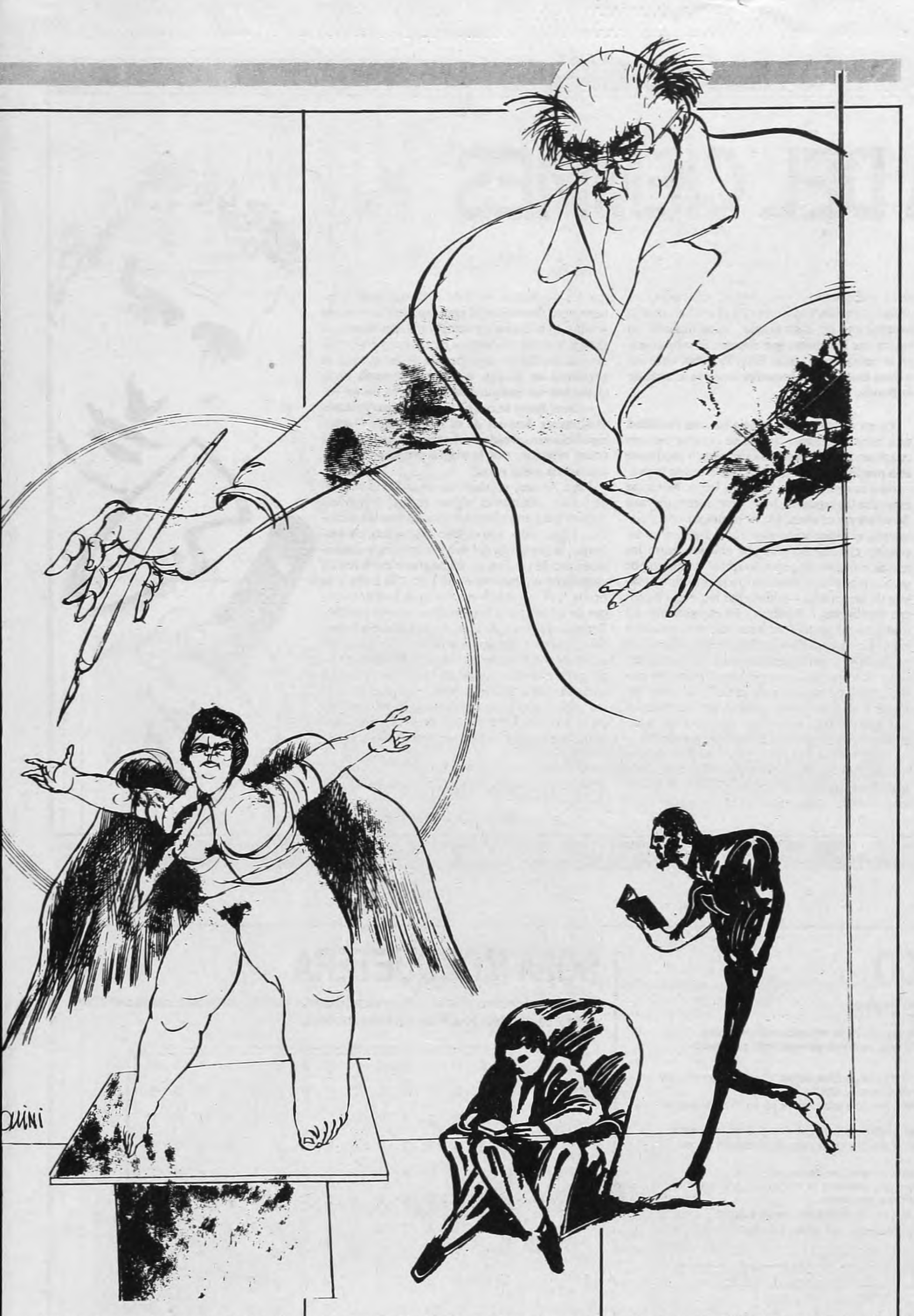
• **El resucitado,** obra protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Re-fa-si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• **Yepeto**, obra de Roberto Cossa con dirección de Omar Grasso y actuación de Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi. De martes a jueves a las 22, viernes a domingo a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata.

• En el Teatro Del Notariado, Independencia y Colón, Mar del Plata, se ofrecen los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; Edda Díaz en **El humor en celo**, los miércoles; Lidia Catalano en **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca; Leonor Manso en **Yo, Alfonsina (Una mujer libre)** sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábados, y Perla Santalla en **Canto a mi misma**, los domingos. Las funciones comienzan a las 23.

• **Perciavalle indestructible,** espectáculo humorístico a cargo de Carlos Perciavalle, en el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata.

• Carlos Calvo y Luisina Brando protagonizan la obra teatral **Mamá,** de A. Bergman, dirigida por Carlos Olivieri. En el Teatro Neptuno de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.



todo lo que lo toca. Comprende e imita todo (a menudo mejorándolo), ahorma los pensamientos, las emociones y los sueños que la sociedad le ha entregado en bruto. Es festejado, va de éxito en éxito; se hace rico, pero con el transcurso del tiempo su obra corre el peligro de revelarse como una caja de resonancia. Tal escritor habrá tomado en total más de lo que habrá dado. Se convertirá en el juguete dorado de cierta sociedad; será su esclavo favorito, pero no su amo.

Todos nosotros sufrimos la presión del cuerpo social, que nos impone, como otros tantos estereotipos, nuestros comportamientos, nuestras opiniones y hasta nuestro aspecto exterior. Es característico de los creadores oponer resistencia a esa sujeción yendo contra la corriente y poniendo en circulación sus propios modelos, lo cual no significa que su pertenencia a una determinada sociedad no esté continuamente amenazada, y ello se traduzca a veces en mutilaciones, deformidades y complicidades vergonzosas. Pienso, sobre todo, en una pareja ejemplar de grandes escritores ingleses de la época victoriana.

En primer lugar, Rudyard Kipling. No podemos sino evocar con ternura la *Just so Stories*, *Kim* o los dos *Libros de la selva*, que son encanto para la imaginación y el espíritu. En cambio, difícilmente aceptamos al cantor oficial del imperio colonialista inglés, y a ese brazo seglar de Kipling que fue el general Lord Baden-Powell, héroe de la guerra de los bóers. Hay en Kipling un horror mórbido a la sexualidad junto con —fatal corolario— una apología del ejército y la guerra, escuela de virtudes "viriles", y una pedagogía escutista que intenta combatir los "malos pensamientos" por medio de agotantes caminatas. ¡Haced la muerte, no el amor; destripaos los unos a los otros, eso evitará que os acariciéis!

Y de modo inexorable se presenta su sombra, su contraprueba, su hermano enemigo, igual de caricaturesco, pero en sentido diametralmente contrapuesto: Oscar Wilde, el anti Kipling, parroquiano con monóculo de los salones de alta sociedad, dandi nalgón y mofletudo, que pone los labios como culito de pollo para destilar "frases feroces".

Admiro de manera igual a estos dos escritores, con cuya obra mi deuda es pareja; sin embargo, deploro los horrores que una madrina Carabosse, hada maligna y encorvada, infligió a su talento: esa reina Victoria, obesa pero sin entrañas, cuyos ojos de sapo hacían la vista gorda ante los niños de diez años que la sociedad, de la que ella era el símbolo, enviaba a escarbar en lo profundo de las minas de Yorkshire. Kipling y Wilde, a causa de su talento, se dejaron coger en la trampa de la sociedad victoriana; desde luego, habría sido mejor que su genio se desencadenara en contra de ella.

Por lo que hace al genio, muy a menudo lo concede la sola posteridad. Jean Cocteau decía: "Víctor Hugo era un loco que se las daba de Víctor Hugo". En efecto, hay que estar loco para creerse Víctor Hugo... aun cuando verdaderamente uno sea Víctor Hugo. Un escritor puede tener la ambición de llegar a convertirse en un *buen* escritor, lo cual depende únicamente de su conciencia profesional y de su trabajo. Pero en lo que se refiere a ser un *gran* escritor, ése es asunto de otros, no del conjunto de amigos o personas que lo acompañan de continuo, ni siquiera de sus contemporáneos. Si el escritor estima genial lo que está escribiendo, no hace sino desbarrar, aunque sea el propio Víctor Hugo. La genialidad de una obra está encerrada en la actualización que el lector lleva a cabo. Leo *Tristán e Isolda*, las obras de Perrault y de Saint-Simon, y las considero geniales por el efecto de ensanchamiento, profundización, enriquecimiento y liberación que su lectura obra sobre mi visión actual del mundo. Paul Valéry decía que la inspiración no es el estado en que se halla el poeta al escribir sino ese que aspira inducir en su lector por medio de lo que escribe. "Yo pongo en tus manos mi libro —dice el escritor al lector—; que éste haga de ti un inspirado, tú haz de mí un autor genial".

Ese libro fue escrito al dictado que le prestó esa inspiración: ojalá sepa responder a ella.

## S.O.L
**SOSTENIDO**

• De martes a domingo a las 18, en el Teatro Payró de la ciudad de Mar del Plata se representa la obra infantil *Pibemundi*, de Leonardo Ringer, y a las 21, la Comedia del Pilar presenta la obra *Un guapo del 900* de Sergio Eichelbaum.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine, protagonizada por Roberto Fiore y otros. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• **Horacio Fontova y sus sobrinos** ofrecen un recital dentro del ciclo Aquí... Provincia de Buenos Aires que organiza la Subsecretaría de Cultura. El encuentro es en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata, hoy a las 21.

• El compositor y cantante **Fito Páez** presentará su último disco *Ey* en La Paris Rock, ubicada en la Rambla Casino de Mar del Plata, hoy a las 22.

• **Midachi**, show humorístico musical, en el Teatro Alberdi de Mar del Plata, Alberdi 2473, de martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Los mirasoles**, obra teatral de Sánchez Gardel. En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, hoy a las 21.

• **El resucitado,** obra protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Re-fa-si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• **Yepeto**, obra de Roberto Cossa con dirección de Omar Grasso y actuación de Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi. De martes a jueves a las 22, viernes a domingo a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata.

• En el Teatro Del Notariado, Independencia y Colón, Mar del Plata, se ofrecen los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; Edda Díaz en **El humor en celo**, los miércoles; Lidia Catalano en **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca; Leonor Manso en **Yo, Alfonsina (Una mujer libre)** sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábados, y Perla Santalla en **Canto a mi misma**, los domingos. Las funciones comienzan a las 23.

• **Perciavalle indestructible,** espectáculo humorístico a cargo de Carlos Perciavalle, en el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata.

• Carlos Calvo y Luisina Brando protagonizan la obra teatral **Mamá**, de A. Bergman, dirigida por Carlos Olivieri. En el Teatro Neptuno de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

MARIO LEVRERO

# LA BANDA DEL CIEMPIES

## 15. El show de Bear Betty



Los pensamientos de Angus McCoy fueron interrumpidos bruscamente por una violenta explosión que hizo temblar las paredes y el piso del camarín y tintinear la cadena que había amarrado al oso malo. Angus se precipitó hacia el restaurante y de allí hacia la salida al callejón, mientras las explosiones se sucedían una tras otra, volaban trozos de mampostería y de todo tipo de objetos, y una espesa humareda se elevaba desde distintos lugares en llamas y cubría la manzana; llegó sano y salvo a su coche y logró ponerlo en marcha y alejarse en cosa de instantes; al poco rato, aquel lugar quedó reducido a una flamígera masa de escombros.

Ya en su casa, Angus averiguó por el diario que esa noche Bear Betty actuaba en "The Blue Bear", conocido *night-club*. Su esposa Lucy, quien vivía desde hacía tiempo en una permanente crisis de celos paranoicos, no dejó de examinar la página que había estudiado su esposo. Angus se reportó a la Agencia Trailler y supo con alivio que todos sus compañeros estaban a salvo; también se enteró de la sorprendente identidad del enmascarado: era nada menos que el senador Ansthruthers, quien había cobrado notoriedad por su decidida campaña contra el crimen organizado. No era de extrañar que hubiera caído víctima de una banda; pero, pensó Angus, ¿por qué el antifaz?

Comió apenas un bocado, se cambió de ropas, dio un beso a Lucy y salió; Lucy lo despidió con helada ironía, diciéndole que no fuera a matarse trabajando, pero Angus, distraído, no prestó atención a su tono. En el coche tomó la precaución de disfrazarse, modificando su rostro con los afeites que siempre llevaba consigo en una valijita; Bear Betty lo había visto esa misma tarde en las inmediaciones de la sede de la Banda.

Ya en el *night-club* consiguió con facilidad una mesa, mediante lo que su espíritu escocés consideraba una generosa propina; y mediante una propina similar obtuvo que el mozo le procuraba una entrevista con Bear Betty. Mientras esperaba la respuesta, bebió lentamente un vaso de whisky y contempló, al principio con poco interés, el espectáculo que transcurría en un escenario circular hábilmente ubicado entre las mesas, con sólo un pequeño sector, cubierto por un cortinado rojo, destinado a la entrada y la salida de las artistas —todas ellas mujeres con ropas muy ligeras, o sin ellas—. En ese momento actuaba un conjunto de relleno, mientras crecía en el público la ansiedad por Bear Betty. Una docena de chicas casi completamente desnudas agitaba violentamente sus pechos al ritmo de una desenfrenada orquesta de jazz. Angus fue dejándose atrapar por el espectáculo, en especial por una de las chicas, que ocupaba un lugar central en el coro; tenía largas piernas esbeltas y larga cabellera rubia, y unos pechos majestuosos, con forma de pera, que oscilaban, bamboleaban y se entrechocaban al ritmo de la música. Otros ojos, más sabios y perspicaces que los de Angus, también contemplaban la escena pero sin olvidar el entorno; con un vaso de whisky en la mano, intacto, Jonathan Morris, el monje budista, periodista *free-lance* y espía chino, no perdía un solo detalle —incluyendo la presencia de Angus, a quien reconoció fácilmente por sus indisimulables orejas en punta—.

—Bear Betty lo recibirá en su camarín inmediatamente después de su *show*, señor —murmuró el mozo al oído de Angus, y agregó, tal vez como venganza por la magra propina—: le encantan las rosas rojas.

Para Angus, el *show* de Bear Betty resultó chocante. Aplaudió, como todos, frenéticamente; pero en homenaje a su perfección técnica y, sobre todo, a su influjo magnético. sin embargo, la presencia del oso y su grotesco exhibicionismo le resultaron incongruentes; lejos de establecer un contraste del tipo "la bella y la bestia", el oso más bien ofrecía la patética imagen de un lascivo y lamentable tonto de pueblo. Terminados los aplausos, Angus llamó a la florista y compró dos docenas de rosas; luego, muy cohibido y sintiendo las miradas del público fijas en él, mientras Jonathan Morris se deslizaba hacia la salida del local, Angus cruzó el escenario vacío hacia el cortinado rojo; pero antes de llegar a él descubrió, en una mesa cercana, sola y con una expresión asesina en el rostro, a su esposa Lucy.

*(Próximo episodio: "Angus vislumbra una verdad horrible").*

JUEGOS

# ENIGMA LOGICO

## Las islas de los tesoros

**A fin de rescatar cinco tesoros se improvisaron cinco expediciones en barcos. Deduzca qué comandante gobierna cada una, quién es su asistente, qué tesoro rescatarán y en qué isla.**

1. Brisas, que no va tras los diamantes ni tras los anillos, asiste la expedición a la isla Misterio; ésta no es la que comanda Anderson ni Shiuler.
2. El comandante que va a la Isla Muerta a rescatar esmeraldas no es ni Anderson ni Stevens.
3. La Isla Muerta está desierta, así como también la Isla Ignorada y la de los anillos.
4. Shiuler es analfabeto; es su asistente el que lee en el mapa la ubicación de las perlas.
5. Félix deberá enfrentar a los nativos para apoderarse del tesoro.
6. El comandante de Palos es abogado; el que gobierna la expedición a la Isla Fantasma, ingeniero, y el de la Isla Virgen, arquitecto.
7. Cruz, que no va tras las esmeraldas ni a la Isla Fantasma, asiste a Spoc.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

| | | TESORO | | | | | ISLA | | | | | ASISTENTE | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Anillos | Diamantes | Esmeraldas | Monedas | Perlas | Fantasma | Ignorada | Misterio | Muerta | Virgen | Brisas | Cruz | Félix | Huesos | Palos |
| COMANDANTE | Anderson | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Goldman | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Shiuler | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Spoc | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Stevens | | | | | | | | | | | | | | | |
| ASISTENTE | Brisas | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Cruz | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Félix | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Huesos | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Palos | | | | | | | | | | | | | | | |
| ISLA | Fantasma | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Ignorada | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Misterio | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Muerta | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Virgen | | | | | | | | | | | | | | | |

| COMANDANTE | TESORO | ISLA | ASISTENTE |
|---|---|---|---|
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

# SOPA MOSQUETERA

**Encuentre las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:**

BOTAS
BRIDAS
CABALLO
CAPA
CASTILLO
CINTURON
CUCHILLO
DONCELLA
ESPADA
ESPUELAS
FLORETE
FLORIN
MALVADO
MONTURA
MOSQUETON
PICARO
PISTOLA
PLUMAS
PUENTE
SOMBRERO

| | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| B | F | L | O | R | I | N | S | A | D | A | P | S | E |
| O | R | D | N | L | T | C | O | G | A | O | L | D | S |
| T | A | I | S | F | C | L | H | O | T | R | U | N | P |
| A | A | M | D | D | L | R | S | G | O | E | M | O | U |
| S | L | U | M | A | N | O | D | E | L | R | A | T | E |
| T | L | S | B | N | S | L | T | C | L | B | S | E | L |
| O | E | A | U | G | D | N | O | A | I | M | P | U | A |
| R | C | M | C | D | E | L | O | S | H | O | A | Q | S |
| A | N | A | O | U | L | T | L | R | C | S | R | S | A |
| C | O | O | P | I | U | S | R | A | U | E | U | O | P |
| I | D | G | T | A | D | F | E | T | C | T | T | M | T |
| P | H | S | V | P | I | S | T | O | L | A | N | L | V |
| M | A | L | V | A | D | O | I | O | N | D | O | I | N |
| C | P | M | F | L | O | R | E | T | E | S | M | G | C |

## SOLUCIONES

### ENIGMA LOGICO

**Abdel Alí, negro y azul, Coman.**
**Abu Ahmed, negro y rojo, Yamen del Norte.**
**Mohamed Assam, azul y blanco, Qantar.**
**Selim Kahmed, blanco y verde, Yamen del Sur.**
**Suleiman Bey, rojo y verde, Umhrein.**

